

# Presentación

En el artículo que publicaron en *El Tiempo* los miembros del Área Internacional del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional en el que plantearon la conveniencia de que se organizara una Comisión de Análisis y Recomendaciones sobre las Relaciones entre Colombia y Estados Unidos, se hace una breve descripción del conjunto de atributos con que cuenta el país para formar parte de la comunidad internacional en condiciones ventajosas. Y también se describe cómo la crisis interna y la hipernarcotización de nuestras relaciones con Estados Unidos nos han colocado en una situación negativa y problemática hasta ahora desconocida en nuestra historia.

En efecto, el llamado proceso 8000, que ha sido acompañado de situaciones adversas en otros campos de las relaciones internacionales del país, de la agudización de tensiones políticas y del mal desempeño de la economía en lo interno, produjo un cambio abrupto en nuestro discurrir político, desató una verdadera cascada de implicaciones tanto en lo interno como lo internacional, aceleró el deterioro de la legitimidad del Estado colombiano y de la clase política y desnudó las evidentes vulnerabilidades del sistema político nacional. Dejamos de ser un país dotado de recursos positivos para enfrentar nuestros propios retos y los del exterior y pasamos a convertirnos en un "país problema", al tiempo que la crisis nacional y la internacional se exacerbaron hasta llegar a niveles no vistos en nuestro pasado

reciente. Entramos, para decirlo en la jerga contemporánea de las ciencias sociales, en una verdadera coyuntura crítica.

Ahora bien, un rasgo notable de la naturaleza del debate suscitado por la dimensión internacional de la crisis ha sido que, con pocas pero notables excepciones, éste ha estado presidido por criterios de conveniencia personal, grupal o partidista. Más aún, ha sido una práctica generalizada ligar esta dimensión internacional con los componentes puramente nacionales de la crisis y que responden al juego político partidista. Lo internacional se mira así como un objeto propio de banderías. Desde luego ambas dimensiones, nacional e internacional, están profundamente ligadas, pero ello no implica necesariamente que la segunda se juzgue con los cánones tradicionales propios de las ambiciones y juegos de poder. La no distinción entre estas órbitas ha llevado en no pocas ocasiones a que tales intereses particulares de poder hayan sido la base no de sólo parámetros de análisis, sino de propuestas para la formulación de políticas. Es más, así se pretende que esos intereses se erijan como criterios de salvación nacional. El parroquialismo y la mezquindad no han estado ausentes en esta coyuntura, sin duda la más grave que ha experimentado el país en los últimos años.

En estas condiciones resultaba de extraordinaria oportunidad la intervención de la academia. Como es natural, el esfuerzo razonado, sereno, no viciado por intereses personales, grupales, partidistas o clasistas,

aunque no siempre es justamente valorado en todas sus dimensiones, sí resulta de la mayor importancia para ubicar los diferentes componentes de una situación en sus justas proporciones. El Informe Final de la Comisión es un ejemplo en esta dirección. Querría destacar algunos rasgos del mismo que me parecen de la mayor importancia.

En primer lugar, ha sido una afortunada conjunción de esfuerzos de personas que desde diferentes posiciones examinan de manera permanente el acontecer nacional. El carácter pluralista de la Comisión fue así asegurado no por las posiciones políticas eventualmente diferentes de sus miembros, sino por el nivel de análisis que se impusieron, la naturaleza objetiva y el rigor de su trabajo, lo que obviamente los colocó por encima de cualquier bandería o interés particular.

Es de destacar, por tanto, que en esto de colocar las cosas en sus justas dimensiones, el Informe acierta al salirse de la encrucijada que significa perder el sentido global de las situaciones del presente porque algunas de ellas brillan más que otras, hacen más ruido o movilizan más opinión. Un ejemplo de esta actitud es la superación de las miradas puramente coyunturales, del corto plazo, para colocarse en una perspectiva histórica y con sentido de futuro. En efecto, el Informe busca construir guías y herramientas para una política de Estado que intente responder al enorme reto que para Colombia significa ubicarse en un mundo globalizado y con exigencias crecientes en todos los campos.

Tampoco hace concesiones respecto de las eventuales conveniencias del gobierno actual o de cualesquiera otros intereses del corto plazo. El Informe se sitúa en una perspectiva más amplia y generosa, y se preocupa por ofrecer un panorama en el

que los intereses nacionales del mediano y largo plazos se coloquen como la mira ideológica que debe preocupar tanto a quienes tienen la responsabilidad de dirigir nuestros destinos políticos como al conjunto de la ciudadanía.

Quiero resaltar otro punto: a nadie escapa que el origen inmediato de este documento es el estado actual de nuestras relaciones con el gobierno de Estados Unidos. Que tales relaciones están en uno de los puntos más bajos de nuestra historia es algo que nadie desconoce, así como tampoco ignora que es absolutamente necesario que se realicen esfuerzos especiales para mejorarlas. Al fin y al cabo la importancia de ese país para nosotros está fuera de toda discusión: formamos parte de su órbita, estamos bajo su tutelaje político y económico y tenemos márgenes de autonomía sensiblemente reducidos. En estas condiciones el mantenimiento de buenas relaciones es imperativo. Sin embargo, no a cualquier costo. Los procesos nacionales en esta dirección deben basarse, y así lo explicita enfáticamente el Informe, en una actitud decidida hacia la solución de nuestros más graves y urgentes problemas, y muy en particular en la profundización en todos los ámbitos de nuestra muy precaria democracia. Sólo a partir de un proceso de esta naturaleza podrá Colombia adquirir una posición en el mundo contemporáneo en condiciones de respetabilidad. Este es, ciertamente, un reto mucho más complejo que la simple aceptación de las imposiciones del gobierno estadounidense.

Un país con altos niveles de fragmentación social y política, con un Estado que carece de grados aceptables de legitimidad, incapaz de mantener un orden público democrático, con problemas descomunales de desempeño de sus instituciones políticas, con elevados niveles de impunidad en

medio de una violencia desbocada, con indicadores muy serios de que la criminalidad organizada ha tocado los más altos resortes del Estado, un país así, en síntesis, no puede aspirar a ocupar un lugar de respeto en el ámbito internacional.

Este Informe, además, de que ilustrará sobre aspectos que no han sido relevados con suficiente insistencia en los distintos espacios de opinión, y de que presenta recomendaciones que pueden servir de nutrientes en el debate electoral que se avecina, sin duda suscitará debates. Ojalá así sea, pues con ello se le reconocerá el papel de patrocinador y estimulador de estas prácticas que le corresponden a la Universidad Nacional. Bienvenidos sean, pues, esos debates, y es de esperar que conserven la altura y la sindéresis que los comisionados han mostrado en su trabajo.

Me gustaría, para terminar, insistir en las bondades del ejercicio académico al servicio de la solución de acuciantes problemas nacionales. Sea ésta, pues, la ocasión de reiterar el principio de que una sociedad que no escucha a sus intelectuales corre el riesgo de repetir reiteradamente errores, y el de que cuando los intelectuales no se sintonizan con sus sociedades, tienden a vivir en mundos ilusorios. El Estado colombiano ha tenido la tendencia de realizar estas consultas, y debo dejar constancia de que instituciones como Colciencias han sido fieles intérpretes de este principio y por ello ha sido un estímulo permanente para el ejercicio intelectual. Aprovecho esta ocasión, pues, para dejar dos puntos sobre el tapete: de una parte, reitero la voluntad del IEPRI de contribuir con su esfuerzo en este tipo de tareas; de otra, quiero dejar constancia, en

nombre de todos los investigadores y miembros del Instituto, de nuestro agradecimiento a la diligencia, buena disposición y apoyo de Colciencias en este esfuerzo particular. Y desde luego, es necesario agradecer a la Universidad Nacional por ser el espacio privilegiado del ejercicio intelectual y el debate civilizado. No puedo terminar esta fase de agradecimientos sin hacer explícitos los dirigidos a los comisionados, y muy en particular a su coordinador, nuestro colega y amigo Juan Tokatlian.

Como en otras ocasiones, debe ser absolutamente claro que los espacios de libertad de que gozaron los autores también cobijan al Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Con esto quiero significar sencillamente que ambos somos libres, y que la libertad es uno de los valores que con más enjundia defendemos. Así, el IEPRI ha mantenido a lo largo de estos seis meses una actitud de profundo respeto por la independencia de la Comisión. Esto debe significar, en el sentido más sano de las palabras, que el Instituto no puede comprometer a la Comisión ni ésta puede a su vez comprometer al Instituto con el resultado de su esfuerzo. La solidaridad y el compromiso, más allá de las dimensiones particulares de este Informe, es con una actitud crítica, honesta, objetiva, y que tenga por objeto buscar beneficios para el país.

**Alvaro Camacho Guizado**  
**Director**  
**INSTITUTO DE ESTUDIOS**  
**POLITICOS Y RELACIONES**  
**INTERNACIONALES**